Teresa? Y si le quiso y le quiere, ¿cómo le consiente tan destrozadito de ropa y tan vacío de alimento?„

El cambio de fortuna del cantor de la edad heróica colmó de satisfacción á Lucila... ¡Gracias á Dios que el pobre chico podía vivir, aunque modestamente! ¡De buena gana le habría ella cosido y arreglado la ropa, y regalado unas botas decentes para entrar con pie seguro en la nueva vida! Si le gustaba por pobre desvalido, más le agradó por las bondades de su corazón, que claramente en toda ocasión se manifestaban, y por la rectitud inflexible que movía sus acciones. Su inteligencia y saber, su facundia prodigiosa descollaban en aquella sociedad vulgarísima como el águila caudal entre humildes y rastreros patos. Y cuando, por la declaración de guerra, desenfundó Santiuste la trompa y empezó á soltar notas de epopeya, si todos le oían con admiración, Lucila se arrebataba interiormente en un fuego de entusiasmo, que en su seno escondía con violentos disimulos. El ideal guerrero tan pronto revivía en los ojos del niño doliente, como en los labios de aquel otro niño grande que jugaba con el Romancero.

Interrumpió estas cavilaciones de la celtíbera la claridad del día que por las rendijas de la ventana se colaba, y ante ella puso la señora término á su mental suplicio, y se lanzó del lecho, dejando al esposo en postura de tranquilidad, panza arriba, estiradas las extremidades, y echando de su abierta

boca los ronquidos como el resoplar cadencioso de una máquina de vapor. Vistióse á prisa la hija de Ansúrez, ávida de lanzarse al trajín casero, que era como el organismo supletorio de su sér moral... Ya no pensaba más que en despertar á la muchacha, sacándola á tirones de su camastro, y en encender lumbre. Luego prepararía el desayuno de Jerónimo, que era el primero en dejar las ociosas lanas; el de los niños, que aún dormían como pajaritos apegados al calor del nido. Pronto llegaría el panadero... Ya se sentían en la escalera los pasos de plomo del aguador... Empezaba el día, la rutina normal y fácil, el conjunto de menudas obligaciones que, al modo de tejidos de mimbres, forman el armadijo consistente de una existencia mediocre, honrada, sin luchas.

V

Los niños menores, Pilarita y sus hermanillos Bonifacio y Manolo, contagiados de los gustos del primogénito, despreciaban toda clase de juguetes para consagrarse al militar juego, aprovechando el material de guerra desechado por Vicente: cañones, tropa y oficialidad de cartón ó de estaño, banderolas, espadas de palo y morriones de papel. La niña, desmintiendo su sexo apacible, era la más brava en las marchas, en las escaramuzas y refriegas, que algún día le valieron solfas de Lucila en semejante par-

te. Empezó figurándose cantinera, por algo que había oído á su hermano mayor: aguardiente vendía en un cacharrito de lata, y cigarros de papel torcidos por ella misma. Mas pronto se cansó de estos femeninos menesteres de guerra, y arrollando á sus hermanos pequeños y arrebatándoles espada y casco, se puso al frente de ellos, y les condujo más de una vez á la victoria, ó á nuevas solfas de la madre, que no podía resistir tanta batahola y entorpecimientos en las habitaciones y pasillos de la casa. Con sillas armaban plazas fuertes, bajo la dirección técnica de Vicente, y en la última torre de ella se colocaba Pilarita dando voces, atribuyéndose, no sólo entidad militar de plaza sitiada, sino la divina entidad de Virgen del Pilar, y clamaba: "¡Yo no quiero ser francesa... francesa no... Aragoneses, defendisme...!„ Adoptaba Bonifacio para embestir la plaza el ariete romano, y Manolo imitaba la artillería con los más fuertes zumbidos que articular podía su gran boca. En el asalto eran tan fieros, que los muros y bastiones se desplomaban, y entre el deshecho montón de sillas, caía la Pilarica con chichones en la frente... Inmediatamente venía la zurribanda, y con ella los gritos, ayes, lamentos y otras voces guerreras.

"Por Dios, Vicente, no les azuces á estas diabluras. Ten juicio tú, ya que ellos no pueden tenerlo. Y á esta mocosa la voy á mandar á la escuela, para que allí me la sujeten y me le quiten sus mañas hombrunas...„

Entrado Noviembre, todo Madrid repetía en variedad de formas el juego de guerra de los niños de Halconero. Los señores mayores, las damas de viso, hombres y mujeres de las clases inferiores, procedían y hablaban, poco más ó menos, como los chiquillos que esgrimen espadas de caña en medio de la calle y se agrandan la estatura con morriones de papel. Guerra clamaban las verduleras; venganza y guerra los obispos. No había español ni española que no sintiera en su alma el ultraje, y en su propio rostro la bofetada que á España dió la kabila de Anyera, profanando unas piedras y destruyendo nuestras garitas en el campo de Ceuta.

El agravio no era de los que piden reparación de sangre. Fueron los españoles á la guerra, porque necesitaban gallear un poquito ante Europa, y dar al sentimiento público, en el interior, un alimento sano y reconstituyente. Demostró el General O'Donnell gran sagacidad política, inventando aquel ingenioso saneamiento de la psicología española. Imitador de Napoleón III, buscaba en la gloria militar un medio de integración de la nacionalidad, un dogmatismo patrio que disciplinara las almas y las hiciera más dóciles á la acción política. Con las victorias de Crimea y de Italia fabricó Napoleón patriotismo más ó menos de ley, que hubo de servirle para consolidar su imperio. Francia nos daba las modas del vestir, las modas del pensar y del sentir artístico: nos hacía los ferrocarriles; nos ponía, con mano

de niñera ilustrada, en los andadores del progreso; de Francia trajimos también una remesa de imperialismo casero y modestito, que refrescó nuestro ambiente y limpió nuestra sangre viciada por las facciones.

Los partidos de oposición, deslumbrados por el espejismo histórico, cayeron en el artificio. Olózaga y Calvo Asensio cantaron en el Congreso las mismas odas que en sus púlpitos entonaban los obispos... Decía Calvo Asensio que *el dedo de Dios nos marcaba el camino que debíamos seguir para aniquilar al agareno*. Estas y otras elocuentes pamplinas arrebataban al auditorio y encendían más la hoguera patriótica. Un representante de la nobleza, ofreciendo al Trono el concurso de sus iguales, decía, *mutatis mutandis*, lo mismo que la ínfima plebe en tabernas y mercados. Contra el pobre agareno iba el furor de pobres y ricos, de Clero y Nobleza, de niños pequeños y niños grandes. La Reina, al despedir á O'Donnell con frases de sincera emoción, le echaba al cuello medallitas que tenía por milagrosas. Sentía Isabel no ser hombre para coger un arma y acudir á tan santa guerra; y era verdad lo que expresaba, pues nadie como ella sintió el intenso amor de las aventuras españolas, mezcla de fe religiosa, de locura caballeresca y de gallarda superstición. El efecto de unanimidad y de embriaguez sintética estaba conseguido. Gran triunfo del irlandés, de intención honda y vista penetrante.

En cada mesa de cada café funcionaba un consejo de grandes tácticos y peritos estrategas. Eran, por lo común, empleados de mediano sueldo, retirados del ejército, ó cesantes que llevaban su abnegación hasta el punto de alabar al Gobierno, de posponer su hambre á las altas miras de la patria y á la gloria del ejército. Allí se vió la grande generosidad de este pueblo, que olvidaba sus miserias, resignándose á comer entusiasmo y glorias, mal aderezadas con pan seco. Las madres ofrecían todos sus hijos, y los viejos querían alargar su vida para presenciar tantas victorias; los curas tocaban el clarín, y salpicaban de agua bendita los roses de los soldados, incitándoles á no volver sin dejar destruído el islamismo, arrasadas las mezquitas, y clavada la cruz en todos los alcázares agarenos. Gentes había mal nunutridas, que lloraban oyendo hablar del próximo embarque de tropas, y darían su última pitanza porque nada faltase á nuestros valientes soldados. Nunca habían visto los nacidos un movimiento de opinión tan poderoso y unánime... ¡De este sentimiento y convicciones salían tantos planes de guerra como bocas había en cada círculo de café. "Es indudable que *nosotros* desembarcaremos en Malabatah, cerca de Tánger... Tomamos Tánger, no sin pérdidas, y en seguida vamos á ocupar el monte de las Monas...„

Esto decía Leovigildo Rodríguez. Le cortaba la palabra Federico Nieto *(alias don*

Frenético), diciendo con airadas voces: "Cállese usted y no extravíe la opinión. Tánger no puede ser el *objetivo*... Mi primo Joaquín, que ha estado en Ceuta y conoce aquello palmo á palmo, me ha dicho que todo lo que no sea tomar tierra en aquella plaza y subir derechitos á lo que llaman Sierra Bullones, es andarse por las ramas...

—Oh, eso no puede ser—aseguró Agustín Fajardo, pasando su dedo por la mesa como por un plano imaginario.—Fijarse bien, señores. Aquí está Tánger... aquí está Ceuta... aquí Tetuán... Unamos por tres líneas estos tres puntos. Resulta un triángulo de lados desiguales... ¿El lado más corto cuál es? El que une á Tetuán con Ceuta... Pues mi teoría es ésta: Otras naciones irán á su *objetivo* por el camino más largo. España debe ir siempre por el más corto. Si no lo hiciera, no sería España... Esta es mi teoría, señores; es mi teoría."

Con estos desatinos fantásticos iba la gente alimentando la pasión patriótica, que á todos sostenía en un cierto estado de iluminismo alegre. Nadie dudaba del triunfo: el esplendor de nuestras armas traería después bienes sin cuento, que cada cual se imaginaba conforme á sus gustos y necesidades. El buen Halconero, que en patriótico fanatismo daba quince y raya á todos los españoles, pensaba que después de la guerra los laureles nos abrumarían. Probablemente, tras la campaña en Africa, vendrían otras marimorenas con diferentes naciones

europeas ó asiáticas, y de este continuo pelear resultaría mucha, muchísima gloria y poco dinero, porque los brazos abandonaban la cosecha del trigo por la de laureles. ¿Pero qué importaba? Con tal de ver á España tosiendo fuerte, escupiendo por el colmillo en el ruedo de las naciones europeas, nos allanaríamos á sustentarnos con piruétanos y tagarninas.

Obligado el insigne paquidermo don Bruno Carrasco á tocar su pito en la orquesta patriótica conforme á la tregua concedida por el *Progreso*, no podía saciarse de política, su comidilla sabrosa y constante. Los temas desde la subida de O'Donnell hasta el Otoño del 59 habían pasado á la Historia. Ya Carrasco no podía poner en su púlpito más que el paño de gala para cantar himnos al Ejército y al *Dios de las Batallas*. Era ya fiambre manido el asunto de los *Cargos de piedra*, y la acusación y proceso contra Esteban Collantes, farsa de justicia que encubría el propósito de inutilizar á los moderados por la difamación. No era culpable el ex-ministro de Fomento en el Gabinete Sartorius: la culpa venía de arriba y de peticiones de dinero que el Gobierno no podía desatender. Fué verdad que el valor de los ciento treinta mil cargos de piedra se aplicó á objeto distinto de la reparación de carreteras; cierto que la cantidad fué sustituída por otra igual dada por Salamanca; indudable que don Agustín Esteban Collantes, días antes de la caída de San Luis, ordenó que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

el milloncejo se reintegrase á su primitivo destino; verdad fué que en el camino hacia la casilla del presupuesto, se perdieron los cuartos, y que la responsabilidad de tal extravío recaía exclusivamente sobre el Director General de Obras públicas, y que éste trasladó á Londres su residencia. Ruidoso escándalo trajo la grave acusación, una de las mayores torpezas de la Unión Liberal, porque en el proceso salieron á relucir infinidad de suciedades de nuestra administración, y nadie á la postre fué castigado. El ex-ministro se defendió con maestría y sutileza grandes. Inmensa labor fué para el que se sentía inocente demostrarlo sin dirigir un solo golpe al punto delicado de donde procedía la infracción de ley...

Pues sobre este embrollo y sobre los incidentes del dramático proceso, habló don Bruno tres meses, sin descanso de su lengua ni agotamiento de su saliva. El lo sabía todo: la inocencia de Collantes, la dudosa conducta de Mora, el origen palatino de aquella irregularidad. Las relaciones entre los partidos de gobierno quedaron rotas y envenenado el ambiente político. Si no inventa O'Donnell la guerra de Africa, sabe Dios lo que habría pasado. Fué la guerra un colosal sahumerio... Casi tanto como los *Cargos de piedra*, sacó de quicio á don Bruno la intentona republicana que estalló y fué sofocada en el curso del estío. En aquella locura pereció el más loco de nuestros demócratas, Sixto Cámara, joven, apuesto,

de rostro interesante y algo místico. Trató de sublevar á la guarnición de Olivenza: no pudo conseguirlo; huyó, y perseguido por la Guardia civil en los campos extremeños, murió de calor y de sed. Místico fué el martirio de aquel visionario que padeció la generosa demencia de querer implantar la República con tres republicanos.

En los claros que dejaban estos asuntos de real importancia, subía don Bruno á su púlpito para condenar los resellamientos, y pasar revista á los nuevos periódicos, *La Discusión*, inspirado por Rivero; *El Estado*, dirigido por el poeta Campoamor; *El Horizonte*, hechura de don Luis González Bravo, papel impulsivo y un tanto burlesco con remembranzas de *El Guirigay*... De *El Contemporáneo*, el periódico elegante, órgano de la fracción más europeizada del moderantismo, hablaba pestes el buen don Bruno; odiaba con toda su alma á los caballeros *del guante blanco*, que derramaban sus luces en aquel diario, dándole la nota de la distinción y del saborete inglés, á los que llamaban *Sincretismo* á la Unión Liberal, y á cada momento empleaban términos tan estrambóticos como el *Self-government* y el *Habeas Corpus*... ¡Qué tendría que ver con la política el *Santísimo Corpus Christi!*

Una mañana de Noviembre, hallándose don Bruno y Halconero en casa de éste charlando de la movilización de tropas, entró jadeante Juanito Santiuste con la noticia de que él, también él, ¡feliz mortal! iría... "¿A

dónde, hijo mío?„ ¡A la guerra! Por el Marqués de Beramendi, su amigo, había conseguido una plaza en la *Sección Volante de la Imprenta de Campaña*. Ya tenía preparado su equipaje, que era de los más exiguos, y aquella misma tarde... ¡Cielo santo, Juanico á la guerra! ¡Y él también sería héroe, y á más de ser héroe, tendría la gloria de ver tantas grandezas...! Y andando el tiempo, dentro de un siglo, sus inocentes biznietos dirían: "Mi abuelo estuvo en la más alta acción, *etcétera*...„ Fuese porque aquel día estuviera don Vicente amagado de un nuevo ataque de su mal, fuese porque la noticia de la partida del trovador colmara su exaltación, ello es que el hombre rompió en llanto. Su trabada lengua decía: "Tú vas, Juan, y yo no... Yo inútil, yo... trasto viejo... tú gloria, yo estropajo... Abrázame... te quiero... ¡Viva España...! Hijos míos... Lucila, venid... Que me traigan á Donnell... que me traigan á Prim!„ Dichos éstos y otros desatinos, salió disparado por el pasillo, los brazos en alto, el andar tan inseguro que daba encontronazos en los tabiques, rebotando de uno en otro. Seguíanle todos asustados de aquel delirio. Al volver á la sala, su rostro amoratado indicaba fuerte congestión; su voz, ya ronca y casi ininteligible, repetía: "¡Prim... ejército... march...!„ Para mayor duelo, los chicos menores, que aquel día tuvieron la humorada de disfrazarse de moros, se habían ennegrecido la cara con tizne de la cocina, y

haciendo pucheros marchaban detrás de su padre, dando al cuadro, con la mayor inocencia, un tono de trágica burla. Halconero, girando sobre la pierna derecha que de improviso se le quedó como si fuera de palo, cayó al suelo sin que Lucila ni los demás pudieran contener la caída. Pesaba mucho: la palabra escapaba mugiendo de su boca torcida, como escapan los habitantes de una casa que se desploma. Con gran dificultad, entre Lucila, don Bruno y Santiuste, levantaron en vilo el pesado cuerpo, y lo tendieron en la cama.

VI

El médico, llamado á toda prisa, no recetó más que la Extremaunción. Acudieron á la casa Virginia y Leoncio; pero éste, como Santiuste, no tardó en salir, pues ambos debían prepararse para partir aquella misma tarde. El niño cojo, que arrimado al balcón había presenciado el accidente y caída de su padre, recibió tan fuerte impresión, que en largo rato no pudo moverse ni pronunciar palabra. Los pequeños, que á la cocina huyeron aterrorizados, mojaron con sus lágrimas el tizne, y diluído éste en las caras como pintura de acuarela, se convirtieron en mulatos. En su aflicción y espanto encontró Lucila una ligera pausa para salir á consolar á Vicente, que junto al balcón permanecía. "Tu padre está malito... pero no

te asustes... Ha sido un ahogo. Dios querrá que se le pase pronto... Me parece, hijo mío, que tú quieres llorar y no puedes. Llora un poquito, sí; aunque... ya te digo... tu padre está mejor... Ya he mandado á la Nicasia que te ponga tu silla en el comedor... Me vuelvo al lado de tu padre; pero ya saldré un ratito... te haré compañía, y te contaré cosas... Tus hermanos, que hoy están muy mañosos y pintados de negro, se meterán contigo en el comedor. Tú cuidarás de que guarden silencio... Entretenles enseñándoles las vistas de batallas... Adiós, Vicente: llora un poquito... no te importe llorar...„ Volvió la madre á su obligación. Durante la breve ausencia, el enfermo había recobrado el sentido, aunque sólo de una manera borrosa, crepuscular, pronunciando palabras confusas. Don Bruno Carrasco á gritos le interrogaba, creyendo que de este modo sería mejor entendido. Conoció don Vicente á su mujer, y haciendo por cogerla una mano, intento que no pudo realizar, le dijo: "Luci... di... dile á Prim que... que pase... á Donnel que... pase... á Chagüe... pase...„ A esto siguieron mugidos, como una recriminación á su propio cuerpo por aquella mala partida de no querer moverse... Sólo el brazo derecho tenía un resto de vida, estirándose y encogiéndose como el alón de un ave moribunda.

Entró de la calle Jerónimo Ansúrez, que, ignorante del grave suceso, tuvo más palabras para el estupor que para el remedio, y

con penetración clínica de hombre tan ducho en vidas como en muertes, juzgó desesperado el caso. Ayudó á su hija en la aplicación de sinapismos, y viendo que á las quemaduras de la mostaza no respondía ni con vibraciones de dolor aquel madero que había sido cuerpo humano, propuso que, conforme al dicho del médico, se mandara al diablo la Medicina y se llamase á la Religión. El mismo llevó el aviso á la parroquia, y á eso de la una dieron la Extremaunción á don Vicente, pues para otros auxilios del alma no tenía el enfermo la necesaria lucidez. No obstante, cuando sonaron en la sala los pasos del sacerdote, la consternada Lucila creyó descubrir en el moribundo una chispa de conocimiento... Cariñosa atención puso en aquellos mugidos, y hasta llegó á traducirlos libremente de este modo: "Luci... di... dile á Dios que... pase.„

Las tres serían cuando entregó á Dios su alma el bueno, el honrado, el sencillo labrador don Vicente Halconero, que jamás hizo mal á nadie, y á muchos bien sin tasa; varón de grande utilidad en la República, ó por mejor decir, en el Reino, porque no devoraba porción ninguna del Tesoro Nacional, sino que creaba, con su labor de la tierra, nueva riqueza cada año. No aumentaba la confusión de opiniones, sino que tendía con su patriótica fe á simplificar las ideas, y á buscar la síntesis que pudiera traer á nuestro país positivas grandezas. Su trabajo agrícola era un beneficio para España, y

otro su inocencia, virtud preciada contra la invasión de maliciosos. Fecundaba la tierra, fecundaba el ambiente.

Soltó Lucila las exclamaciones de su duelo con afluencia que del corazón y del alma le salía. Era un poema de gratitud, tributo al hombre que la sacó de la soledad triste, ignominiosa, y que, al dignificar su persona, le dió paz, bienestar, honor, y cuanto pudiera ambicionar la mujer menos humilde. Había sido Halconero el maravilloso príncipe de los cuentos orientales, que ofrecen su mano y su reino á la niña despreciada, víctima de las brutalidades de un genio maléfico. El buen caballero labrador, que tenía por blasón su arado y podadera, y por leyenda el *Super omnia rura*, la hizo reina de su casa, de sus abundantes cosechas, de sus ganados, que poblaban praderas y montes. En este trono, al que subió la celtíbera como por milagro, quedaron borradas las sombras de un pasado triste, y hasta los amargos dejos de sus desdichas se extinguieron en tantas dulzuras. Luego vino su coronación de reina, los hijos, las sagradas prendas de aquella unión bendita. Con los frutos de ella, la casa labradora se perpetuaba y prometía mayores bienandanzas en edades futuras...

Por las notas agudas del llanto de Lucila, que hasta el comedor llegaban, comprendió Vicentito que su padre no existía ya. Era un niño de conocimiento y alcances superiores á su edad. Su misma dolencia, que á forzosa quietud le sometía, daba mayor lucidez á

su mente para las cosas graves. La falta de ejercicio corporal, entorpeciendo la acción del niño, permitía un precoz desarrollo de las facultades del hombre... Como se ha dicho, los ecos de la voz plañidera de su madre, difundidos por la casa muda, dieron al chiquillo la idea y sensación del gran infortunio de la familia: sintió el *vacío de padre*, la repentina ausencia de una suprema autoridad y custodia... Viéndole llorar, también lloraron sus hermanitos. Pero él les dijo: "No lloremos todos á un tiempo, que haremos demasiado ruido... Si la madrita nos oye llorar, se pondrá más triste... No es más sino que el padre está malo... pero ahora viene el médico y se pondrá bueno „ Con éstas y otras exhortaciones les hizo callar, y él, sin limpiarse las lágrimas, dió algunas vueltas, con sus muletas, en torno á la mesa del comedor, aún sin manteles ni preparativo alguno de comida, aunque había pasado la hora. Después se sentó, estirando su pierna sobre otra silla, y permaneció pensativo un buen rato, mientras Pilarita y los pequeños, sentados en ruedo casi debajo de la mesa, repasaban las vistas de batallas, agregándoles innumerables detalles, ya con trazos de lápiz gordo, ya con la impresión de sus manos puercas... Entró en esto Nicasia llorosa. Vicente no le dijo nada, ni necesitó que ella le contase lo ocurrido. Venía, por orden de la señora, no más que á darles de comer, y á recomendarles que no hiciesen ruido, y que fuesen aquel día los niños

más buenos del mundo. Puesto un mantel en media mesa, en un santiamén les dió de comer la moza, sirviéndoles sopa fría, carne y garbanzos del cocido á medio hacer, tortilla improvisada, como remedión, higos y nueces de postre. Vicentito fué excesivamente parco en el comer. Entró Jerónimo Ansúrez con rostro grave cuando aún no habían concluído, y á todos les acarició diciéndoles: "¡Qué guapos son estos niños, y qué bien se portan hoy! Les voy á traer almendras confitadas y unos candeleritos con velas de colores, con su Virgen de la Paloma y todo. Luego vendrá Virginia con su nene, y jugaréis á los altaricos." Se fué á tratar del féretro y demás, en una tienda de la Concepción Jerónima. Vicente se puso á repasar un librillo de estampas de animales, y aún estaba en las primeras hojas cuando vió entrar á Juan Santiuste, de puntillas, la consternación pintada en su rostro estatuario, que si era comúnmente fiel intérprete de la alegría, mejor expresaba el dolor. Llegóse derecho al cojito y le estrechó las manos... Se sentó á su lado... No habló del padre muerto, ni había para qué. Había venido Juan á ver cómo seguía don Vicente. Los porteros confirmaron lo que él temía. Subió desolado. Nicasia, enterándole en breves palabras de la muerte, le dijo: "Pase, don Juan, al comedor: allí están los niños."

No acertó el chico á decirle palabra. Dejándose acariciar de él, le miraba con arrobamiento. Juan le pasó la mano por los cabellos negros, sedosos, atusándoselos con gracia... "Vicente—le dijo,—te quiero tanto, que no siento irme á la guerra más que por no poder estar contigo y verte todos los días.

—¡Te vas á la guerra, Juan...! Verás: antes quería yo que fueses á la guerra, y hoy me da pena de que te vayas... ¡Tanto tiempo sin verte; tanto tiempo solo!... ¿Y si cuando vengas me encuentras más cojo que ahora? No: yo no quiero estar cojo."

Oyéndole sintió Santiuste un arrebato de amor tan grande por aquel niño enfermo, prodigio de graciosa inteligencia, que no pudo reprimirse, y cogiéndole la cabeza le besó con ardor en los cabellos, en la frente, en las mejillas, y no paró en sus demostraciones hasta que el chiquillo protestó con cariñosa queja: "¡Juan, que me ahogas!" Santiuste oprimía contra su pecho la cabeza del niño, diciéndole: "No sabes cuánto te quiero, hijo mío... No te lo había dicho nunca... Ahora te lo digo, porque sí; porque quiero que lo sepas... Eres muy bueno, Vicente, y por bueno te quiero yo...

—Pues si me quieres—replicó el chico,—escríbeme de allí todo lo que vaya pasando en la guerra, para que yo me entere. Escribes y le mandas las cartas á mi madre, y ella y yo las leeremos juntos, y nos acordaremos de tí. Mi madre también te quiere: se lo he conocido; te quiere como si fueras mi hermano, y me parece que no le hace mucha gracia que te vayas á la guerra. Podría

cogerte una bala, y matarte ó dejarte derrengado... ó con la cara rota, sin tu guapeza natural.

—Ya cuidaré yo de que no me cojan balas; y en lo de escribiros cartas á tu madre y á tí, estad tranquilos. Todo, todito lo que vaya pasando, batallas, victorias, lo sabréis ella y tú tan pronto como el Gobierno... Déjame que te bese otra vez, criatura... La idea de que estaré tanto tiempo sin verte, me vuelve loco...„

En el nuevo arrebato de su cariño ardiente, no pudo Santiuste contener sus lágrimas; y viéndole llorar, Vicente también lloró. "Hoy estoy triste, Juan —le dijo. —La verdad, no debieras marcharte... voy á quedarme muy solo... Si no tienes prisa y esperas á que salga mi madre, verás cómo ella te dice también que no te vayas...„ Acongojado y con un nudo en la garganta, Santiuste no sabía qué decir... "No, no estaré hasta que tu madre venga—murmuró al fin, mirando con pavor á la puerta:—tengo mucha prisa...„ La presencia de Lucila le infundía miedo en aquella fúnebre ocasión. Verla y oirla era ordinariamente su encanto; mas aquel día la imagen y la voz de la celtíbera debían ser guardadas en arqueta de oro, de donde se sacarían á su debido tiempo... Tal era su temor de verla, que con súbito movimiento cogió el sombrero para marcharse. Quiso detenerle Vicentillo. "¿Quieres que llame á Nicasia para que le diga á madrita que estás aquí?

—No, no, no—replicó Juan con mayor espanto;—madrita no puede venir ahora... Yo me voy... Déjame darte muchos besos... y también á tus hermanitos... Tú, Vicente, no te olvides de mí. ¡Mira que te quiero mucho, y pensaré en tí á todas horas...! En el corazón me llevo tu cara, que es la cara de tu madre... quiero decir, que te pareces á ella... Adiós... Recibiréis cartas, y hoy os contaré una batalla, mañana otra. No perderé ninguna, para que toda la guerra quede bien referida. Hoy sale O'Donnell; yo también. Vamos juntos á Cádiz, y allí nos embarcamos... Ya te dije que Cádiz es puerto de mar...

—Tú, que sabes tanto, le dirás á O'Donnell lo que tiene que hacer... Y tú llevarás tu fusil... Pongo que te encuentras por delante á un moro: te matará si no le matas á él...

—Naturalmente, allí me darán armas... Y yo te aseguro que si algún morazo se me pone á tiro, lo mando al otro mundo con un recadito para Mahoma.

—Dice mi abuelo Jerónimo que los moros tienen su cielo separado del nuestro, donde está Majoma con muchísimas mujeres, bailando y divirtiéndose. ¿Será verdad eso, Juan?

—Debe de ser verdad... Cuando yo vuelva te daré noticias de la tierra y del cielo moro... Adiós, niño mío; no puedo detenerme más.„ El temor de que Lucila entrase, singular ejemplo de delicadeza llevada á un

extremo increíble, le hacía temblar. Besó de nuevo al chiquillo con ardiente ternura, repartió besos entre los demás, y salió con pisar blando.

VII

Pero al bajar vió que subían el ataúd, y como era tan angosta la escalera, hubo de volver hacia arriba y meterse en la casa, única manera de dar paso al fúnebre cajón. En aquel instante, gran estrépito militar venía de la calle, por la cual marchaba un batallón con música, y bullicio y vítores de la gente. Favorecido de aquel estruendo, pudo Santiuste escabullirse hacia el interior de la casa mortuoria, y volvió á meterse en el comedor, después de cerciorarse por Nicasia de que los chicos continuaban solos en aquella pieza. Fascinado Vicentito por la bullanga marcial que atronaba la calle, creyó que su amigo Juan volvía para echar con él otro parrafito de cosas de la guerra.

"¿Qué tropa es esa, Juan?

—Cazadores de *Ciudad-Rodrigo*, que van á la estación.

—*Ciudad Rodrigo*, número 9... ¡Y no puedo asomarme!

—No, hijo mío; no te muevas de aquí. Verás á los cazadores de *Ciudad-Rodrigo* cuando vuelvan de Africa vencedores... Estoy aquí otra vez, porque no he podido pasar... Y me alegro de volver, porque se me

olvidó decirte que... Vicente, dirás á tu madre que siento mucho no despedirme de ella; que...

—Que nos escribirás, que nos quieres...

—Que siento no despedirme, Vicente: no le digas más que eso... por ahora. Y cuando llegue mi primera carta, le dirás... eso... que os quiero mucho, que os llevo en el alma... No, no digas nada de esto... Adiós, hijo mío... Si me detengo más, me quedo en tierra. Adiós. Otro beso, otro...„

Salió como un cohete, y no hallando obstáculo en la escalera, pronto pisó la calle, donde no era fácil el tránsito por la muchedumbre que al batallón aclamaba y en su marcha le seguía. Ventanas y balcones rebosaban de gente: lo que ésta no podía expresar con la boca, lo expresaba con los pañuelos desplegados al viento. Subió Santiuste en cuatro brincos á su casa, cerró la maletilla en que metido había todo su ajuar, envolvió en un papel algunos objetos que en la maleta no cabían, y acompañado de un chico de la patrona que se brindó *por patriotismo* á llevarle el equipaje, se metió por la Plaza Mayor, para coger la calle de Atocha, que á la estación del mismo nombre debía conducirle. Apretando el paso llegaron el viajero y su ayudante de carga al crucero de Atocha, donde era tan grande el tropel de gente, que no había medio de romperlo para pasar al embarcadero del ferrocarril. La multitud no cabía en el suelo, y se extendía por alto: los chicos, encarama-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO